


UNAMUNOREN EGUNA HITZALDIAK

Unamuno



Bilbao
UNA AHOZ BERRIO


Roberto Fort
Alcalde
Militario

Delegación Foral
de Bilbao
Departamento de Cultura

Unamuno

**irailak
29**
septiembre

ASTEGARITZA MIÉRCOLES



*Recuerdos
de niño
y de
mojedad*

egunadiá

2	0
0	4

Recuerdos de niño y de mojedad



Unamuno

irailak: septiembre

12:30on Unamuno plazara:
MIGUEL DE URAMUNO GOGORATUZ

Lare-askalaitza, oheretza aurretikoa.
Itaki Itzuna a Bilbako albate-junak
adierazpen instituzionala egingo da.
Miguel de Unamuno idurragera ogera.

19:30on Bidebarrietako Liburutegian:
MIHAINGURUA
"RECUERDOS DE NIÑEZ Y MOJEDAD"

Burkietas:
Gonzalo Olabarria, *Bilboko Udako Kulturako Zuzendaria*

Parte-hartzaileak:
Juan José Lantz
Eliza Unibertsitateko Irakaslea
Xabier Kintana
Unibertsitateko Irakaslea

Moderatzailea: Gonzalo Olabarria

12:30 Plaza Miguel de Unamuno:
RECORDANDO A DON MIGUEL

Ofrenda floral, hurreksu de honor.
Declaración institucional de Itaki Itzuna, Alcalde de Bilbao.
Salutación de Miguel de Unamuno idurragera.

19:30 Biblioteca de Bidebarrietak:
MESA REDONDA
"RECUERDOS DE NIÑEZ Y MOJEDAD"

Presentatzailea:
Gonzalo Olabarria,
Director del Area de Cultura del Ayuntamiento de Bilbao

Partzipanteak:
Juan José Lantz
Profesor de la UPV
Xabier Kintana
Profesor UPV y miembro de eskalzitzailea

Moderatzailea: Gonzalo Olabarria

La influencia de Unamuno en la lengua vasca

Sr. D. Xabier Kintana

Académico de número de Euskaltzaindia–Real Academia de la Lengua Vasca

Prácticas lingüísticas en el contexto familiar y social de Bilbao durante la niñez y juventud de Unamuno y desafíos que expuso a sus conciudadanos respecto al porvenir de la lengua vasca

Palabras clave: Lengua vasca, Bilbao, porvenir, Unamuno

Unamunok euskaran izan duen eragina

Hizkuntza-ohiturak Bilboko familietan eta gizartean Unamunoren haurtzaroan eta gaztaroan eta euskararen etorkizunari buruz Unamunok bilbotarrei azaldu zizkien erronkak.

Giltza hitzak: Euskara, Bilbo, etorkizuna, Unamuno

The influence of Unamuno on the Basque language

This paper considers linguistic practices in the family and social context of Bilbao during the childhood and youth of Unamuno, and the challenges he set his fellow citizens concerning the future of the Basque language.

Key words: Basque language, Bilbao, Future, Unamuno

Hablar de la figura de Miguel de Unamuno es, en buena medida, tratar de una contradicción viviente, de una continua paradoja existencial. Hombre extrovertido y arrebatador, genio que exhibía sin complejos su extraordinaria personalidad, auténtico farol bilbaíno aquejado de una eterna egolatría aderezada con ansias religiosas de inmortalidad. Enciclopedia viviente y fuente inagotable de citas, pruebas meridianas de sus constantes y dispares lecturas.

Es evidentemente que su obra y su pensamiento pueden ser abordados desde ángulos muy distintos, pero hoy quisiera comentar aquí algunas de sus reflexiones en torno a la lengua vasca y a los sentimientos de los vascos por mantenerla, publicadas principalmente en sus memorias de niñez y juventud.

Aunque los padres de Unamuno hablaban euskara, no fue esa, por lo que sabemos, la lengua que aprendió en su entorno familiar, aunque, naturalmente, desde su niñez tuvo un contacto bastante cercano con este idioma, no siendo pocas las palabras del mismo que utilizaría en su castellano coloquial. Si a los que nacimos diez años después de su muerte, palabras como *aita*, *amatxu*, *arraingorri*, *batán*, *begitxindor*, *gibarra*, *gorringo*, *bestegorri* ‘esófago’, *karra-marro*, *kima*, *koko* ‘gorgojo’, *kolko*, *mokordo*, *morokil*, *morrosko*, *pizta* ‘legaña’, *sagutxu*, *sugalinda* ‘lagartija’, *txines*, *txinbo*, *txirla*, *txiz*, *txoriburu*, *zapa-buru*, *zarama*, *zaran*, o frases como “estar *larri*”, hacerle a una niña “un *txori* en la cabeza” o “no dejar en el plato ni los *bondakines*” nos resultaban aún totalmente familiares, no es de extrañar que el largo repertorio recogido por Emiliano de Arriaga en su *Lexicón del bilbaino neto* lo fuese también para don Miguel, del que nos ofrece algunas muestras en los vocablos con los que en ocasiones salpimentó los recuerdos de su niñez.

Sin embargo, la burguesía bilbaína, aunque orgullosa de sus orígenes, de su poder económico y celosa de su autogobierno foral, la misma que decía odiar los usos y costumbres ajenos, reflejos del poder central castellano, en su práctica lingüística resultó ser de una servidumbre total, en contraste con la fuerte personalidad demostrada por la burguesía barcelonesa en su adhesión a la lengua catalana. Por ello, no debe extrañarnos que los padres de Unamuno no se preocupasen por enseñar a su hijo el idioma del país, desprestigiado tanto en la escuela como en la administración central recientemente establecidas entre nosotros en aquel tiempo. Otro tanto harían los padres de Sabino Arana, al igual que la mayoría de los fueristas coetáneos.

El abandono del idioma propio supone, quiérase o no, una traición al pasado y a la tradición más cercana. Por ello, es lógico que el desertor suela sentir la necesidad de buscar razones, o si se prefiere, excusas para justificar su renuncia. Unas se las proporcionaba generosamente el maestro castellano, quien, al mismo tiempo que proclamaba las excelencias de su lengua, arremetía sin cesar contra el vascuence, asociándolo con gentes de cultura inferior, amén de la utilización del archiconocido anillo y de los castigos derivados de su uso escolar.

Otras las mostraba el nuevo orden, la administración central advenediza impuesta tras la pérdida de las guerras carlistas: el desprecio y desdén hacia los administrados que sólo hablaban euskara, las burlas a los reclutas vascos, la marginación total y absoluta de la lengua propia del país, tanto a nivel hablado como escrito, en todas las funciones administrativas.

Por último, el mismo Unamuno añadiría algunas razones de su propia cosecha, basándose en los supuestos lingüísticos de su tiempo, actualmente superados. En efecto, en su tesis doctoral, titulada *Crítica del problema sobre el origen y prehistoria de la raza vasca*, realizada bajo la dirección de Antonio Sánchez Moguel, tomó como base las tesis del filósofo inglés Herbert Spencer, quien trataba de aplicar el evolucionismo darwinista al campo de la sociología.

Hay que aclarar que, durante aquel tiempo, algunos interpretaban de manera errónea la teoría de Darwin, como desgraciadamente sigue ocurriendo en la actualidad, ya que el genial biólogo inglés en ningún momento dijo o escribió que el cambio evolutivo fuera “a mejor” o “ascendente”, sino que los seres vivos cambian constantemente en un intento continuo de adaptarse mejor a un medio sujeto a cambios continuos (climáticos, geográficos, irrupción de una fauna y flora diversas...), sin que se siga de ahí ninguna idea de avance o de progreso. En realidad, esta última interpretación surgiría más tarde, seguramente como un intento cristiano para compaginar la narración bíblica de la aparición del hombre - culminación del proceso creativo divino - con los nuevos descubrimientos de la ciencia, presentando de este modo la evolución como un plan perfectamente determinado previamente por Dios, que, al fin y al cabo, debía desembocar necesariamente en la aparición del ser humano al final de una larga cadena evolutiva en continuo ascenso.

En esa misma línea, Spencer establecía tres fases en la formación de las sociedades humanas: la horda, la sociedad militar y la sociedad industrial, cada una de las cuales suponía un avance para la humanidad, en tanto eran la superación de la etapa anterior. Por otra parte, gracias al los trabajos del lingüista alemán Schleicher, se conocía que, grosso modo, las lenguas humanas podían clasificarse tipológicamente en tres grupos: monosilábicas, como el chino o el vietnamita, aglutinantes, como el húngaro, el quechua, el nawatl, el georgiano, el japonés o el vasco, y flexivas, como las indoeuropeas (español, inglés, ruso, persa...) y las semíticas (árabe, hebreo...). También aquí, esta división acarrearba tácitamente un juicio de valores: las lenguas monosilábicas, se pensaba, serían las más primitivas y menos desarrolladas, seguidas por las aglutinantes, algo mejor conformadas, para terminar en las lenguas flexivas, que, nada casualmente, eran las habladas por las potencias europeas coloniales.

Unamuno, en su tesis, superpuso los dos esquemas, adjudicando a la horda un idioma monosilábico, a la sociedad militar una lengua aglutinante y a la industrial un lenguaje flexivo. Como consecuencia, los vascos, hablantes tradi-

cionales de un idioma aglutinante, al acceder a este último tipo de sociedad industrial y mercantil más avanzada deberían abandonar, por inútil y desfasado, el euskara y adoptar el castellano como único modo de expresión¹.

Sin detenerse en meditaciones tan exquisitas y alambicadas, la misión de la enseñanza de su tiempo era precisamente esa: desplazar al euskara y relegarlo de la vida social vasca. Hoy, al leer objetivamente las páginas unamunianas de sus *Recuerdos de niñez y de mocedad*, no pueden menos que parecernos absurdos muchos de los contenidos educativos que recibía el joven Miguel en su colegio “de pago”, ajenos totalmente a la realidad cultural del entorno de aquellos alumnos. En el fondo, no se trataba de sumar, de añadir a los valores propios vascos otros valores culturales, los castellanos, sino de sustituir, de desarraigar lo propio, de aculturizar. Lo vasco, simplemente no existía.

Era la misma educación que otros, posteriormente, hemos recibido en la escuela española del franquismo, en la que, por poner un ejemplo, se nos presentaban como propios a unos reyes godos que habían sido combatidos ferozmente por nuestros antepasados vascones, o se nos obligaba a aprender de memoria la lista de las preposiciones castellanas, mientras se nos silenciaba cuidadosamente cualquier referencia a la lengua que se hablaba desde tiempo inmemorial en nuestro entorno, a no ser para ridiculizar las “concordancias vizcaínas”, defecto lógico de los hablantes habituales de una lengua que carece de género gramatical, característica, dicho sea de paso compartida en buena medida por otros muchos idiomas de cultura, como el inglés, el chino, el finlandés o el japonés. En fin, un remedo próximo del ridículo *Nos ancêtres les gaulois*, (‘Nuestros antepasados los galos’) que la escuela jacobina francesa se ha empeñado durante tanto tiempo en hacer repetir a los niños senegaleses o vietnamitas, tratando de inculcarles que, a pesar de su color chocolate o de sus ojos rasgados, todos ellos se debían considerar como nietos directos del blondo y lechoso Vercingetorix.

¹ Como ya decían los antiguos, *errare humanum est*, y por ello sería injusto acusar de ligereza a Unamuno por aceptar las creencias que estaban en boga en su tiempo, ya que todos estructuramos nuestro pensamiento de acuerdo con la información que recibimos como verosímil, asumiendo el riesgo de que, al variar esta, se tambaleen igualmente nuestras conclusiones. Recordemos que también F. Engels, de un modo similar, se apresuró al aceptar los postulados del sociólogo americano Lewis H. Morgan, posteriormente superados, y que serían la base de su conocida obra *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*. Mucho peores fueron las conclusiones a las que llegaría el georgiano Niko Marr, apoyándose esta vez en supuestos marxistas, con sus desvaríos sobre el estadalismo lingüístico, condenados, con la expresa autorización de Stalin, por otro georgiano, el eminente lingüista Arnold Chikobava, por no hablar de las incalificables pretensiones michurinistas de su coetáneo Lysenko, biólogo soviético neolamarckista, o las erróneas conclusiones que se derivaron en el terreno de la paleontología partiendo de la escandalosa falsificación del hombre de Piltdown. En cualquier caso, todos ellos parecen más excusables que los actuales creacionistas norteamericanos, que ante las continuas evidencias presentadas por los evolucionistas, persisten en su integrista, esgrimiendo la Biblia como único argumento válido.

Por esto, no deja de ser sorprendente que Unamuno, tan atento a las consecuencias que este déficit idiomático acarrearba a sus paisanos, no se percatase de que él mismo era un buen ejemplo de lo que denunciaba tanto en el caso de Trueba como de Sabino Arana:

“Y aquí sí que debemos achacarlo a la lengua.

El castellano no ha sido la lengua indígena de mi tierra, y aun los que lo hemos hablado desde la cuna hémoslo hablado siempre como lengua pegadiza. Ha sido un castellano pobre. Y los escritores, ante el temor de que se les echasen en cara concordancias vizcaínas, se han esforzado siempre, un poco servilmente, en escribirlo con pureza y corrección”. *Recuerdos de niñez y de mocedad*, cap. IV.

Digo esto porque resulta sorprendente que un bilbaino, utilice la palabra “orvallo”, de evidente origen galaico-portugués, para referirse a nuestro *zirimirí*, o nos hable de las “huras de los grillos”, en lugar de sus agujeros o nidos.

Pero no olvidemos que estamos hablando de un hombre extraordinario hasta en sus contradicciones, y pienso que hay que saber leerlo entre líneas, ya que sus escritos, plenos de sugerencias directas e indirectas, son siempre motivo de reflexión. He escrito en otra parte² que el aparente desprecio que Unamuno manifestó por el euskara, motejándolo de lengua incapaz para la cultura, quizá no fuese otra cosa que una provocación bien medida, con la oculta intención de impulsar a sus paisanos a estudiarlo, cultivarlo y hacerlo apto para los quehaceres culturales. Y es eso precisamente lo que consiguió que hicieran, motivados y ofendidos por sus palabras. Por ello, a la vista de la gran reacción a favor de la lengua que provocó entre los vascos, debemos considerar como enormemente positivas las agoreras opiniones de Unamuno, por muy escandalosas que pudieran parecer en su tiempo.

En realidad, su crítica a la lengua vasca como inservible e inútil, tiene su contrapunto en pasajes como este:

“Un pedante que vio llorar a Solón llorar la muerte de un hijo, le dijo: “¿para qué lloras así, si eso de nada sirve?”. Y el sabio le respondió: Por eso precisamente, porque no sirve”.

Lo mismo cabe decir de la oposición de los vascos a la castellanización que se les ha querido imponer. Suyas son estas palabras, recogidas de su obra *Del sentimiento trágico de la vida*:

² “Unamuno y el euskara”, in *Don Miguel de Unamuno en el Colegio Mayor*, Euskal Herriko Unibertsitateko Argitalpen Zerbitzua, Bilbao, 1999, 39-56. orr.

“Todo lo que en mí conspire a romper la unidad y la continuidad de mi vida, conspira a destruirme y, por lo tanto, a destruirse. Todo individuo que en un pueblo conspira a romper la unidad y la continuidad espiritual de ese pueblo, tiende a destruirlo y a destruirse como parte de ese pueblo. ¿Qué tal otro pueblo es mejor? Perfectamente, aunque no entendamos bien qué es eso de mejor o peor. ¿Que es más rico? Concedido. ¿Que es más culto?. Concedido también. ¿Que vive más feliz? Eso ya..., pero, en fin, ¿pase! ¿Qué vence, eso que llaman vencer, mientras nosotros somos vencidos? Enhorabuena. Todo eso está bien; pero es otro. Y basta. Porque, para mí, el hacerme otro, rompiendo la unidad y la continuidad de mi vida, es dejar de ser el que soy; es decir, es sencillamente dejar de ser. Y esto no; ¿todo antes que esto!”.

“Hagamos que la nada, si es que nos está reservada, sea una injusticia; peleemos contra el Destino, y aun sin esperanza de victoria; peleemos contra él qui-jotesicamente”.

Sin embargo, Unamuno, dentro de su vida contradictoria, no veía claro el porvenir de la lengua de sus antepasados, en su época fragmentada dialectalmente y sin una modalidad literaria unificada, culta e indiscutida. El castellano era a todas luces un idioma con mejor futuro, asentado en territorios más vastos y con una población inmensamente mayor. Su normalización y unificación le garantizaban, además, una cómoda utilización literaria, con la posibilidad de llegar a un conjunto de lectores muchísimo más amplio. Por otra parte, su vanidad, en este caso su legítima vanidad de escritor, le pedía ser leído por muchos, ser eco en las conciencias, no desvanecerse. Y para él resultaba evidente que su temática, sus pasiones, sus obsesiones existenciales no podían ser comprendidas y compartidas sino por un pequeño tanto por ciento de sus lectores potenciales.

La elección no podía haberse hecho de otra manera. Recordemos sus palabras:

“Los ídolos de las muchedumbres son pronto derribados por ellas mismas, y su estatua se deshace al pie del pedestal sin que la mire nadie, mientras que quienes ganan el corazón de los escogidos recibirán más largo tiempo fervoroso culto en una capilla siquiera, recogida y pequeña, pero que salvará las avenidas del olvido. Sacrifica el artista la extensión de su fama a su duración; ansía más durar por siempre en un rinconcito, a no brillar un segundo en el universo todo; quiere más ser átomo eterno y conciente se si mismo, que momentánea conciencia del universo todo; sacrifica la infinidad a la eternidad. (*Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*. cap. III).

De cualquier modo, el desafío que nos lanzaba era inmenso, pues no olvidemos que a este País se le ha negado hasta fechas muy recientes la posibilidad de disponer de una universidad propia, semillero indispensable para toda investigación rigurosa. A pesar de ello, los vascos supimos recoger el guante. La

lengua tradicional de Euskal Herria fue reconsiderada, estudiada, curada de sus heridas, arropada y adaptada convenientemente. Filólogos como Azkue, fundador de nuestra Academia de la Lengua, ilustres profesores de la talla de Koldo Mitxelena, escritores como el también bilbaino Gabriel Aresti, padres y maestros de todo nuestro país, preocupados por la educación de los niños en la lengua y en la cultura de nuestro pueblo³, todos ellos, ayudados en los últimos tiempos por los poderes públicos autonómicos, han hecho realidad lo que Unamuno, muy astutamente, nos quería presentar como imposible.

Tal vez el mejor homenaje que le hemos podido hacer, además de reunirnos periódicamente para recordarlo, discutirlo y mantener vivas su memoria y su obra entre nosotros, ha sido, irónicamente, traducir al euskara algunas de sus obras más significativas.

³ Parece que últimamente, apoyándose en la pluralidad de nuestro país, algunos manifiestan una curiosa hipersensibilidad por la utilización del adjetivo vasco con algunos conceptos. Sin embargo, nos sorprende que esas mismas personas no pestañeen ante otro tipo de generalizaciones, seguramente más discutibles, tales como la para ellos obvia españolidad del toro de Osborne o el beatífico patronato nacional de un Santiago que jamás pisó la península ibérica. Habrá que recordarles que, cuando se adjetiva un concepto, no se suele exigir para ello ningún referéndum previo, pues basta con la impresión que cada uno tiene de su entorno social, acreditada por la propia experiencia. No creo, por ejemplo, que a nadie en su sano juicio pueda ocurrírsele afirmar que la catedral de Burgos o la Acrópolis ateniense no pueden considerarse burgalesa la una y griega la otra aduciendo que ninguna de ellas es obra de sus actuales habitantes, o que el Athletic de Bilbao tampoco sea un equipo vasco, con la excusa de que no todos los vascos son socios o simpatizantes de ese Club deportivo. En estos casos el único metro reconocido es el apego, identificación y la simpatía de la mayoría de la gente hacia el objeto en cuestión. Y en el caso de la lengua vasca esta adhesión, a pesar de la lamentable – además de inconstitucional – ceguera de algunos, resulta más que evidente, ya que viene avalada además, de manera pública y reiterada, tanto por las encuestas como por los resultados electorales.